

EXPEDICION NAVARRA, HINDU - KUSH - 76

SHAKAUR 7116 m.

A Leandro Arbeloa, compañero y amigo, unido para siempre a la montaña del Shakaur.

El año 1971 un reducido grupo de montañeros navarros a los que nos unía el gran afán de la aventura y de los nuevos horizontes, partía hacia las lejanas montañas del Hoggar en pleno desierto del Sahara. Allí vimos mezclados los misteriosos Tuareg con unas verticales montañas nacidas de las entrañas de la tierra, en donde sentimos el placer secreto y profundo de la búsqueda de nuevos itinerarios. Su visión duerme en nuestra memoria como uno de los mejores y nostálgicos recuerdos.

Roto este fuego las cosas resultaron más llanas y así hemos podido ir recorriendo otros lugares de la tierra en donde hay montañas para ascender y rincones curiosos que visitar. Cambiamos el marco de las arenas calientes del desierto por los eternos hielos de Groenlandia. Allí las botas navarras pisaron cimas vírgenes a las que tuvimos el derecho de ponerles un nombre porque eramos los primeros hombres de la tierra que llegaban a ellas.

Esto ocurría en 1973 y dos años más tarde nos encaminábamos a los gigantes africanos del Kenia y Kilimanjaro.

En ellos sentimos un poco más fuerte el mal de altura al que necesitábamos aclimatarnos de cara a cotas más altas. Lo que da sentido a la vida del montañero es precisamente esa superación constante y una vez realizada una empresa ya piensa en otra de mayor envergadura. Cada vez un escalón más alto.

Nos sentimos maduros para atacar un siete mil y como casi todos los sietemiles de la tierra están en el Himalaya, empezamos a explorar en la cartografía con esta idea fija. Pronto nos quedamos con la cadena del Hindu-Kush entre las manos. Dentro del macizo que constituye el Hindu-Kush hay infinidad de montañas, pero hay núcleos con características propias. La máxima altura es el Tirich-Mir 7.707 metros pero situado en terreno de Pakistán, así como el Istor-onal 7.389 m. y el Saraghrar 7.349 m. cimas muy importantes.

En la línea divisoria de Pakistán y Afganistán destacan el Noshaq 7.492 metros, y el Shakaur 7.116 m., el Koh-i-nadir 7.125 m., el Langar 7.061 m., el Kishmi-Kan 7.200 m., etc.

Todos estos nombres y muchos más fueron barajados por nosotros hasta que elegimos el Shakaur. Toda nuestra atención la concentramos entonces en esta gran montaña a la que desde Pam-

plona empezamos a querer mucho tiempo antes de poderla ver realmente. Los preparativos son siempre largos y por mucho que se quiera a última hora todo son prisas.

El 11 de junio fue para nosotros una fecha memorable. Siete expedicionarios emprendían un largo viaje de 9.200 Km. que tenía como meta Kabul, la capital de Afganistán. Allí nos juntaríamos el 1 de julio con los cuatro expedicionarios restantes llegados por avión, para continuar ya juntos los ochocientos Km. que quedan hasta el pie de las montañas del Hindu-Kush.

Los trámites con el Ministerio del Interior han sido rapidísimos gracias a las gestiones del Sr. Simons, Vicecónsul de España y podemos partir cuando queramos hacia las montañas, pero esperamos un día porque queremos ver un poco la ciudad. Probamos las sutilezas del país: Menú de todos los lugares que dan de comer que aquí llaman «tchaikhana»: arroz al que dicen «palau» y té que dicen «tchai», y nada más. Todo el mundo se sienta en el suelo para comer, aunque en estas tabernas el suelo está alfombrado con bellos pero sucios tapices tejidos a mano. Los afganos se lavan primeramente las manos porque comen directamente con los dedos. Pero el agua está generalmente sucia y es foco de infecciones. Tenemos que olvidar por completo nuestro sentido normal de higiene. Todos los expedicionarios estamos con descomposición de vientre y si hay alguna medicina que llegó a agotarse en la expedición a pesar de las buenas previsiones médicas, fue el tanagel y todos los antidiarréicos.

Paseamos por Kabul y vemos principalmente el mercado en donde se vende de todo. Hay cantidad de vendedores de artículos de cuero, de piedras preciosas lapislázuli, ultramarinos al aire libre con toda clase de verduras, de especias y de fruta, carnicerías también al aire libre y en donde se concentran todas las moscas de Kabul y sus alrededores. Artesanos de



El Shakaur. 7.116 m. Foto G. Ariz

todas clases, herreros, zapateros, sastres, barberos y un sinfín de oficios que se desarrollan todos en la calle. Cualquier chaval nos ofrece drogas y cambio de dólares a buenos precios. Pero hay que tener cuidado porque le timan al más listo. De todas formas hay que cambiar los dólares en el mercado negro, pero en una buena oficina montada a tal efecto, que marca el cambio oficial de Kabul y que controla prácticamente el funcionamiento de la Banca en cuestiones de cambio.

El 3 de julio a las 6 de la mañana partimos de Kabul los once expedicionarios y Anam, nuestro guía, rumbo al Wakhan. Ahora somos muchos para dos vehículos llenos de carga y varios tenemos que ir encima del equi-

paje de las parrillas. Tras muchas peripecias en los ríos sin puente y en estas destrozadas pistas en donde el avance es de 12 km. hora, llegamos después de tres días al término de nuestro viaje.

Estamos en el corredor del Wakhan. A este lado del río unas miserables construcciones de barro cobijan a un pueblo que enseña su pobreza por todos los rincones. Es la morada de los que van a ser nuestros porteadores.

Enfrente, al otro lado del Amudaría al pie del Pamir, en lo que queda de valle hasta las montañas en terreno ruso, unos pueblos ordenados, unas casas prefabricadas. En sus tejados antenas de televisión y en sus carreteras asfalto. Es el mayor contraste que quepa imaginar separado por un río de veinte metros de anchura.

En este momento discutimos el precio que hemos de pagar a cada porteador para subir su carga hasta el lugar que hemos de poner el primer campamento. Nosotros nos impacientamos, ellos no tienen prisa. Nos han dicho que viene otra expedición detrás, pisándonos los talones y tenemos miedo de que nos los quiten por mejor precio y nos quedemos colgados tres o cuatro días. Después de toda una tarde de tira y afloja llegamos a un acuerdo sobre el precio, pero dicen que sólo llevan 20 Kg.

Aquí entra en juego una buena ocurrencia que tuvimos en Pamplona. Habíamos pedido y nos fueron regaladas por una firma de TAFALLA, 60 pares de botas del tipo chirucas. Este ha sido el mejor invento que se nos podía ocurrir. Al ver el calzado vimos que se les escapaban los ojos. Es una cosa muy estimada por ellos que generalmente van descalzos o con unas botas de rudimentaria construcción casera. Hicimos un trato. A cambio de las botas ellos se comprometían a llevar 30 kg. en vez de 20. De esta manera podíamos ahorrar en porteadores.

Poco a poco la larga fila con sus

cargas va tomando forma y camina valle arriba por un marcado sendero.

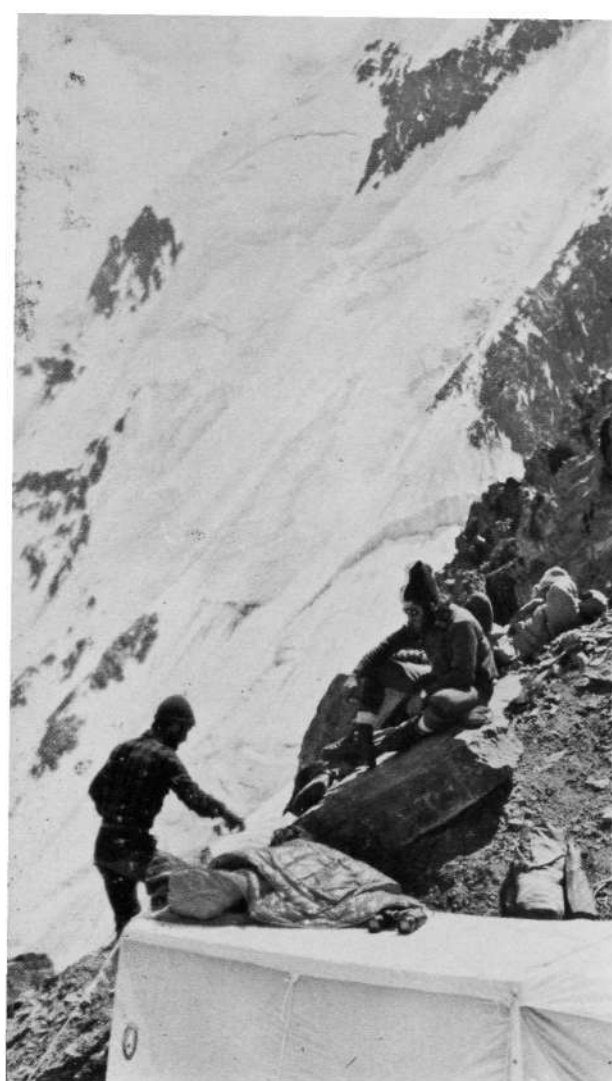
El primer día de marcha no llegamos demasiado lejos. Vamos al ritmo que nos imponen los porteadores. Hay uno que hace de jefe y que hemos contratado para porteador de altura, para todo el tiempo que dure la expedición. Estos hombres mientras ascienden van todos masticando la «coca». Con la carga mal atada con una cuerda hecha de pelo de caballo y ocupiendo en todas las direcciones, andan deprisa pero hacen frecuentes paradas. Algunas tan pronunciadas que les da tiempo de hacer fuego y prepararse un «tchai». Allí alto, al fondo del barranco muy lejos todavía, una cima blanca esta tocando el cielo. Es el Shakaur al que vemos por primera vez.

Al atardecer paramos en un bello lugar tapizado con fresca hierba y con unos manantiales de agua cristalina. El tiempo es radiante y esta tónica se va a mantener durante todos los días que dure la expedición. Ya teníamos referencia que en esta parte del Hindu-Kush no tiene influencia... el monzón que azota por este tiempo el Himalaya y vamos a comprobar que es totalmente cierto. Al día siguiente continuamos ascendiendo valle arriba. Atravesamos el río dos veces por puentes de troncos de árbol y losetas de piedra. Conforme ganamos altura el camino va desapareciendo, hasta quedar convertido en un desdibujado sendero.

El Shakaur que tenemos enfrente se va haciendo cada vez más grande llegando a alcanzar unas proporciones gigantescas. Estamos a 3.500 metros y el suelo es un gran caos de piedras y grava negra que oculta el hielo del glaciar que está sepultado por la gran cantidad de restos de roca caídos de las montañas que oprimen el valle.

Hemos llegado a un lugar con unos pequeños muros de piedra apilada y en donde hay muchos restos de latas oxidadas. Nos indican que aquí han





Campamento II, 5.800 m. Foto G. Ariz

puesto el campamento base las demás expediciones. A primera vista no nos gusta demasiado el lugar, pero luego veríamos que es el único con espacio llano. El altímetro nos da 3.850 metros.

Ha llegado la hora de pagar. Lo hacemos religiosamente y ellos marchan para abajo mas contentos que unas pascuas. Nosotros también estamos contentos porque a la mayoría de las expediciones les hacen huelga para que suban más el dinero acordado. Nosotros no hemos tenido problemas de ese tipo. Abajo y en previsión habíamos sobornado al oficial designado por el gobernador para que los porteadores guardasen la debida compostura.

Montamos una gran tienda-comedor

y otras pequeñas para dormir. Un porteador había sacrificado las ovejas y partido a trozos. Ahora metemos esta carne y otras cosas que tenemos que conservar frescas a una gruta de hielo junto a nuestro campamento.

Es 9 de julio y todo esta a punto para el ataque a la alta montaña.

Nuestra mirada se dirige principalmente a la arista N.E. elegida por nosotros para alcanzar la cumbre del Shakaur. A primera vista no nos parece que va a ofrecer muchas dificultades, más tarde cambiaríamos de opinión, al irnos percatando de las dimensiones reales de la montaña.

Es hora de empezar a desarrollar como un mecano el concienzudo estudio hecho en Pamplona del trabajo en equipo que paulatinamente hemos de realizar. Primeramente dos inspeccionan el terreno y buscan el mejor emplazamiento en un lugar donde no pueden llegar aludes, pero cerca del pie del collado, para poner el campo I. Sabemos que los aludes barren las partes de abajo de las montañas y miramos bien el rastro de éstos. Suele ser el máximo peligro de los campamentos de baja altitud y causa de numerosos accidentes.

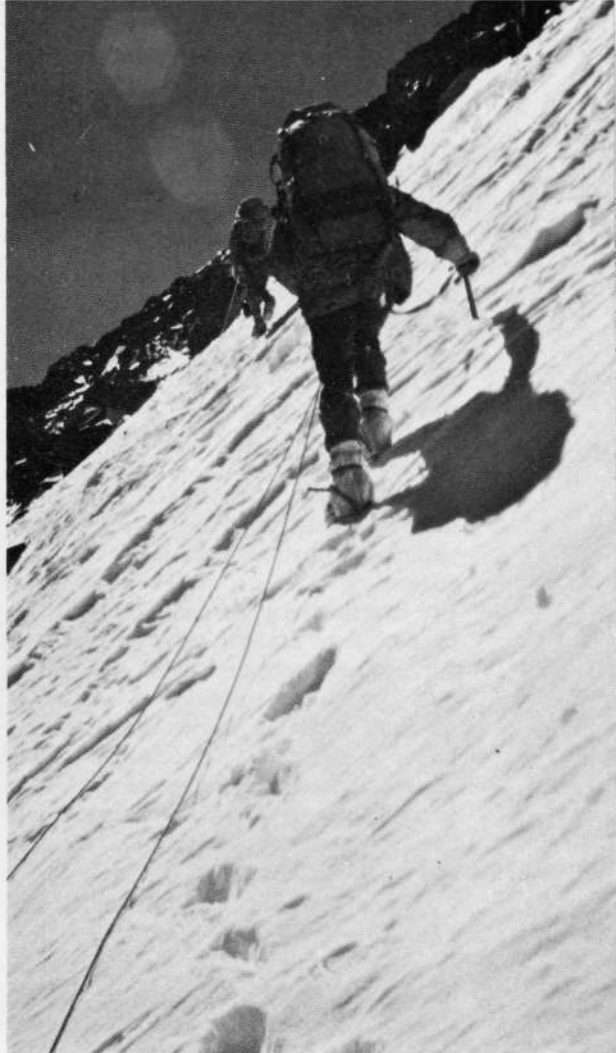
Nuestro campamento I lo situamos en un magnífico lugar a donde era fácil llegar en 4 horas desde el campamento base salvando unos 600 metros de desnivel. Estaba ubicado a 4.450 metros y esto nos recordaba a la altura del Cervino en los Alpes suizos.

En el campo base abrimos todas las cajas y hacemos una distribución por secciones de su contenido. Al día siguiente comienza para nosotros la fase de aclimatación. Al mismo tiempo que vamos porteadando comida y material de escalada al campo I, entre subir y bajar nos vamos acostumbrando a la altitud. En los primeros viajes sentimos pequeños dolores de cabeza, que conforme pasa el tiempo van desapareciendo. El médico nos somete a una revisión general. Receta unas pastillas para facilitar la aclimatación. Dos

personas queremos probar de ascender sin tomar ningún medicamento y más tarde veremos que tanto unos como otros ascenderemos a la cumbre sin problemas de mal de altura.

En el campo I donde nos encontramos, el depósito de material y comida se va haciendo grande. Pero en este punto comienzan las dificultades. Atravesamos un glaciar lleno de grietas y penitentes de hielo buscando la mejor ruta que hemos de seguir en numerosas ocasiones. Nos elevamos paulatinamente hasta la rimaya del couloir. Una gran grieta de bastante profundidad recorre el glaciar de punta a punta. En la parte alta de esta grieta comienza la empinada pendiente del couloir de 60 metros de altura y de una inclinación de 45 grados. Como es un lugar incómodo y peligroso y además lo tenemos que subir con grandes mochilas para provisionar los campamentos superiores lo primero que hacemos es equiparlo con cuerdas fijas. Establecimos la norma de recorrerlo siempre de 4 a 9 de la mañana porque en el momento de le daba el sol, empezaba el bombardeo de las piedras. En cuanto la primera cordada equipó debidamente el couloir y alcanzó el collado, una segunda cordada subió con tiendas de campaña para instalar el campamento II. Aquí pusimos dos tiendas del tipo K2 que nos habían prestado los amigos de la expedición Tximist al Everest. En este punto estamos a una altura de 5.400 metros en la línea divisoria del vecino Pakistán, y tenemos el máximo desnivel entre campamentos pues son casi mil metros los que nos separan del campamento I. Es un lugar muy descarado a todos los vientos y en donde el termómetro bajaba frecuentemente por las noches 15 grados bajo cero.

Mientras unos provisionaban el Campo II, otra cordada ya estaba en acción ganándole metros a la montaña. Aquí nacía una complicada arista de hielo y roca. Al principio tuvimos que colocar una cuerda fija, para asegurarnos



Cordada a 6.500 m. Foto G. Ariz

el paso por una arista de hielo con una gran cornisa hacia el Pakistán y una fuerte pendiente a la otra vertiente. Luego más de mil metros de arista de roca sin apenas ganar altura, erizada de gendarmes y salientes. La arista muere en una gran nevero de fuerte pendiente en donde también colocamos una cuerda fija de 120 metros. Encima de esta pendiente encontramos un lugar llano y resguardado por cornisas. Es un lugar ideal y en él queda montado el campo III a 5.800 metros.

Estamos a 18 de julio y muy satisfechos de como se van realizando las cosas. Vamos progresando rápidamente a pesar de las dificultades de la ruta y nuestra aclimatación va siendo

perfecta ya que nadie se ve afectado por el llamado «mal de altura».

Hemos establecido una rueda de trabajo y constantemente estamos cambiando de ocupación. Unas veces por arriba venciendo dificultades mientras se abre ruta y otras porteando cosas entre uno y otro campamento. Con esto conseguimos que participemos todos en las ocupaciones haciendo variado trabajo, a la vez que la aclimatación es perfecta.

Encima del Campo III unas pendientes fáciles conducen a una arista peligrosa construida de hielo muy poroso e inestable. La atravesamos siempre con mucha precaución. Después la pendiente se acentúa durante trescientos metros. Aparece hielo vivo en el que justamente podemos clavar unos milímetros de las puntas de los crampones y del piolet. Colocamos tornillos de hielo metidos a rosca para asegurar la progresión y una posible caída. La pendiente alcanza los 60 grados de inclinación.

Hemos traspasado la línea de los 6.000 metros y nuestro progresar se hace cada vez más lento por efectos de la altitud. Muchas montañas a nuestro alrededor se van quedando más bajas. En la cota 6.200 m. encontramos un rellano muy a propósito para nuestro campo IV que queda instalado con dos pequeñas tiendas. Es el lugar previsto para lanzar el ataque a la cumbre aunque sabemos que habrá que poner un campamento V, este sólo va a servir para que no tengamos que subir y bajar mil metros en un solo día lo cual sería temerario. Hacía funciones de vivac y no estaba equipado con comida lo cual suponía que tendríamos que llevarla nosotros en la mochila.

Encima del Campo IV una fuerte pendiente conduce a un espolón de rocas. Su escalada es sencilla pero a esta altitud, el mínimo esfuerzo causa una fatiga enorme. La progresión es lenta. No debe uno dejarse guiar por lo que nos manda el cuerpo que quiere abandonarse a sí mismo. Luego hay

que escalar una fuerte pendiente de hielo a través de la cual colocamos una cuerda fija. Son las últimas dificultades técnicas que nos ofrece la montaña. Encima una pendiente ya de nieve sigue subiendo. Es un lugar en el que desde abajo veíamos frecuentemente con las nieblas. A 6.800 m. la pendiente se tumba durante unos 200 metros. Es el lugar donde los polacos pusieron su último campamento, y en donde nosotros colocamos también dos ligeras tiendas de campaña. Este campamento solamente cumplía funciones de resguardo. Las tiendas eran muy malas y el termómetro llegó a marcar una de las noches 28 grados bajo cero. El ataque final se realizó en dos grupos, el primero de cuatro personas que llegaron a la cima el 25 de julio y el segundo de cinco personas que lo haría el 28 de julio. Entre ellos la única mujer del grupo, Trini Cornellana va a ser la primera mujer que sube a esta montaña al mismo tiempo que es la segunda mujer del país que sobrepasa la cota de los siete mil metros.

Desde el campo V una pendiente moderada se eleva paulatinamente hacia la cima que parece cercana. Pero el grupo acusa muy duramente la altitud. Cualquier movimiento brusco produce fatiga. La tónica es la siguiente: andamos ocho o diez pasos y paramos a normalizar la respiración. Unos hacen la recuperación de pie otros se sientan constantemente. Es inútil decidir quedarse en un punto un rato más largo a descansar; a los tres pasos siguientes nos volvemos a encontrar nuevamente cansados. Supone también un gran esfuerzo mental porque todo invita al abandono. Si le haríamos caso al cuerpo cansado, daríamos media vuelta aún a cincuenta metros de la cima. Solo la firme voluntad de que debemos llegar arriba nos hace continuar tozudamente en pos de nuestro objetivo. Es la capacidad de sufrimiento que llega hasta los límites insospechados y una de las razones pa-

ra que la alegría de la conquista sea tan íntima y completa.

La cumbre es un gran premio y supone para nosotros la culminación de una etapa largamente soñada. La llegada a la cima sin embargo es un acto sencillo, sin demasiada trascendencia en aquellos momentos. Nos abrazamos, eso sí, contentos y nos dedicamos a contemplar durante largo rato todo el mundo de montañas que nos rodea. Todo ha quedado hundido a nuestro alrededor y solamente emergen a nuestra altura otros siete mil vecinos al nuestro.

Aquí culmina un sinfín de horas de dedicación, de sueños, proyectos, cálculos, trabajos y sinsabores. Tres años de pensamientos para estar un pequeño rato a 7.116 metros de altura. Como es natural, asomados como estamos a las puertas del Himalaya y con las cimas del ocho mil metros delante de nuestras narices, no tenemos que hacer mucho esfuerzo para empezar a soñar con alguno de ellos. Cansados estamos, nos ponemos a pensar en el esfuerzo que supondría subir mil metros más alto. Hasta aquí nos hemos aclimatado perfectamente y suponemos que siguiendo éste régimen de aclimatación y aumentando la capacidad de sufrimiento, esto sería perfectamente posible. Nuestra ansiedad de superación no tiene un momento de respiro. Sin terminar una aventura ya estamos pensando en la siguiente. ¡Están tan tentadores allí enfrente con sus cumbres clavadas en el cielo!

La alegría de la conquista nos invade por completo. Sin embargo no habría de durar mucho tiempo. En el descenso, una cordada cae por la pendiente de hielo, durante trescientos metros. Leandro Arbeloa se ha golpeado fuertemente en la cabeza y nos deja para siempre. Gerardo plaza sufre roturas diversas en una rodilla, costillas, etc., de gravedad. En medio del dolor angustioso que supone semejante situación, nos tenemos que sobreponer, para poder ayudar a Gerardo.

Hacemos una reunión de emergencia, en el campo III.

Nuestra situación es comprometida. Estamos a 6.000 metros y bajar un herido grave por una ruta técnicamente difícil, es una labor larga y peligrosa. Por Leandro vemos que desgraciadamente, no podemos hacer nada, y decidimos enterrarlo en el mismo glaciar donde está. Es terrible duro tener que realizar esto con un compañero con el que la amistad ha profundizado mucho, pero no hay otro remedio.

Dos han bajado al campo base para buscar vendas de escayola y por el radio teléfono nos dicen que unos polacos están al pie del Kismi-Kham y que van a visitarlos. El jefe de su expedición cuando se entera de nuestro problema dice unas palabras que ya nunca olvidaremos «nuestra montaña puede esperar, vuestro compañero no». Al punto toda la expedición polaca está a nuestra disposición.

Gracias a su ayuda y al esfuerzo de todos, realizamos un rescate de los más difíciles que se habrán hecho en el Hindu-Kush. Para nosotros si hemos de ser sinceros ha resultado más duro que la ascensión a la cumbre, sobre todo para el herido que resistió todo con entereza. Paso a paso, montando tirolinas de 120 metros y haciendo un sinfín de trabajos durante seis días interminables logramos depositar a pie llano a Gerardo, que hizo el último tramo hasta el valle montado sobre un caballo.

Despedimos a los polacos con un fuerte abrazo deseándoles éxito en su empresa, y nos vamos valle abajo. Al ir dejando atrás la montaña del Shakaaur cada vez más lejos, nuestro recuerdo vuela hacia las alturas, con un doble significado. Por la cima que hemos conquistado tocando el cielo azul y por Leandro que dejamos allá arriba en uno de los troncos más excelsos que quepa imaginarse aquí en la tierra.

GREGORIO ARIZ